

Lechuga

Odile y Jean Domergue, franceses ellos, vinieron a la Argentina en el año 1959. Se habían casado en 1953. Profundamente católicos, tuvieron hijos cada vez que el amor, el deseo y su naturaleza buscaron y encontraron oportunidades. Fue así que Yves y Eric fueron los mayores entre ocho varones y una mujer. Nueve hermanos.

Los compromisos laborales trajeron al joven matrimonio a la Argentina cuando Yves, Eric y Brigitte, eran pequeños. Los otros seis nacieron en esa tierra extranjera que la familia hizo propia durante muchos años. En octubre de 1974 los Domergue decidieron volver a su país. Los años de efervescencia revolucionaria habían encontrado a los dos mayores, ciudadanos franceses, en plena adolescencia, ávidos de inquietudes políticas. A los mejores preceptos del cristianismo adquiridos en la crianza familiar se sumaron en esas cabezas y en esas almas, los valores propios de una joven generación que, desinteresadamente, veía como válida una opción por el bienestar de la gente. Yves, el mayor de los dos, apostó entonces de manera activa a ese afán de cambio que organizadamente se propiciaba en barrios, universidades, colegios, fábricas y diferentes espacios del país en donde la convicción y el compromiso se daban cita cotidiana. Y decidió quedarse.

Yo lo conocí en esos años. No recuerdo exactamente cuántos teníamos. Sí que los llevábamos con mucha circunspección y con mucha fuerza. Plenamente. Tal vez yo tenía catorce o quince y él veinte o veintiuno, el resto del grupo en el medio. Nos juntábamos a estudiar, a leer, a pensar e intercambiar ideas. No es sólo una frase ésa de que se trataba de una joven generación pensante.

Le decíamos Lechuga. Recuerdo cuando llegaba caminando despacio, con su blazer siempre azul, el jopo sobre la frente y una profunda e intensa mirada de color celeste en sus grandes ojos un poquito inclinados.

El fragor de esos tiempos, las corridas, las mudanzas, urgencias y responsabilidades hacían de cada una de esas circunstancias que fueran efímeras para la noción de tiempo que luego en mi vida adulta habría de adquirir. No sé cuántas veces nos vimos, no sé cuántas fueron esas reuniones. No muchas supongo. No tuvimos tiempo. Pero lo suficiente para no olvidarlas nunca.

En el año 1979 distintos refugiados políticos que veníamos de diferentes países del mundo confluimos en la ciudad de Ginebra, en una reunión de Naciones Unidas, para denunciar lo que pasaba en la Argentina. Ya entonces nuestra tierra era una oscura extensión sembrada en su largo y en su ancho por campos de concentración que albergaban muerte, tortura y desaparición. Miles de jóvenes fueron secuestrados y atrapados por una tiniebla que se los había tragado. La sombra del terror entraba de noche en las casas, se llevaba a la gente de sus lugares de trabajo, de los sitios que frecuentaba, de las tareas cotidianas. Yves fue uno de ellos.

No lo supe sino hasta ese año. Sentada en una mesa de varios comensales, al levantar la vista vi un par de ojos iguales a los de Yves. Me sorprendí y me encontré a Eric diciéndome que sí, que era su hermano. Acabábamos de conocernos al ser yo portadora de una carta que desde Suecia le enviaban a él. Nosotros también habíamos salido de ese país en el sur del

continente americano en el que la gente desaparecía y nada se sabía de ella. Nosotros también buscamos abrigo en tierras extranjeras, dejando jirones de dolor y pérdida. En la Argentina madres, familiares y abuelas empezaron a juntarse los unos con los otros para confluír en una búsqueda organizada acerca del paradero de sus seres queridos. Dando nacimiento a un movimiento inédito engendrado por la desaparición y lo siniestro. En el exilio también surgieron opciones de denuncia motivadas por lo irreparable de esas heridas. Y entonces denunciábamos lo que pasaba. Dábamos entrevistas, hacíamos conferencias de prensa, presentaciones, actos. En toda Europa. Y en Francia también. Varias veces hablamos con Odile del dolor de la ausencia de su hijo *desaparecido*. Esa ausencia estaba marcada en su casa de París, por la presencia de numerosas imágenes que de Yves brillaban en paredes y muebles, junto a sus hermanos y a su familia numerosa. Jean Domergue, a la cabeza de su familia y de otros compatriotas que habían perdido a sus hijos, no cesó de hacer denuncias acerca del accionar del terrorismo de Estado en la Argentina. Sin saber nunca cuál había sido la suerte de su hijo mayor, el primogénito, aquél que había entendido la frontera como una expansión de la vida, y no como un límite de ella.

En el año 2003 una maestra de Melincué, motivada por un interrogante que empañaba la vida de todos los argentinos, planteó a sus alumnos una iniciativa diferente. Unos cuerpos habían aparecido en la ruta provincial 177, muy cerca de Carreras, en los años de plomo. Habían sido enterrados como NN en el cementerio de Melincué. Preparándose para una actividad sobre la memoria, la maestra les propuso a sus jóvenes estudiantes que indagaran sobre esos cuerpos que habían aparecido. Expediente, huellas digitales, muerte violenta, vidas acribilladas y flores anónimas sobre dos tumbas.

La investigación siguió. Los chicos buscaron contactarse con diversos organismos para transmitir el resultado de esa tarea que les había sido encomendada. En un lugar encontraron eco. Eric, que había seguido –siempre– el camino de su hermano, que había pisado sus pasos con el afán de encontrarlo pero sin resultado alguno, allí, desde la misma tierra donde esas huellas se desdibujaban, fue convocado por la verdad. Y la supo. La escuchó. Él, quien de repente encabezaba la fila colocado en el lugar del hermano mayor, sin serlo. Él que decidió que ese lugar estaba vacante porque su hermano no había renunciado voluntariamente a él. Él, que buscó siempre en un silencio teñido de un profundo respeto, a Yves. Finalmente lo había encontrado. Ayudado por maestros, ayudado por niños, ayudado por una porción ética de la sociedad, ayudado por antropólogos que renunciaron también como Eric, como Yves, como tantos, a partes de sí mismos en función de partes de otros...

El se convirtió en el mayor y asumió con orgullo la herencia de hacerse cargo de su hermano mayor. Decidieron, entre todos, que Yves y su compañera Cristina permanecieran juntos en el lugar que ambos habían elegido para ser generosos, con ellos, entre sí y con los demás. Hoy una baldosa cercana a la tierra que tuvo sus cuerpos, un árbol sembrado entre sus cenizas bravas, el eco de las paredes de una iglesia solidaria y la memoria de tanta gente que los quiso tanto, los tendrá consigo.

De Yves conservamos un pullover azul tejido por su madre que sus sobrinos guardan amorosamente. Conservamos de él también el honor de haber conocido y compartido el afecto de su familia. Y su imagen. Su silueta caminando, con su infatigable saco azul, acercándonos su joven y solidaria sapiencia, el jopo sobre la frente y una profunda e intensa mirada de color celeste en sus grandes ojos un poquito inclinados. Como su hermano.

Ana María Careaga